

todavía me quedaba algo nuevo que ver, todavía me quedaba otro disparate mayor que oír, lo del timbre eléctrico.....

«Señorita Constanza Pini, timbre eléctrico, que al mirarlo produce un fuego matador.»

¡Caramba con el revistero de *La Unión* de Valparaíso!

abed...  
 no me quedaba otro disparate mayor que oír, lo del timbre eléctrico.....

## VII.

La sup...  
 el revistero de *La Unión* de Valparaíso.

Si tu mujer se empeña en que te tires por una ventana... pide á Dios que sea baja.

No recuerdo de quién es este aforismo; pero sea de quien quiera, contiene una verdad como un templo.

Y si no, que lo diga don Francisco Sellén, versista cubano y filibustero, para servir á... los Estados Unidos.

Que sí lo dirá: ya lo verán ustedes.....

Pero vamos despacio.

En Nueva York, además de haber un tranvía, hay un editor que se llama Dacosta Gómez, al cual deben la poesía y la lengua castellana, por lo menos, un flaco servicio.

El de haber impreso en el año 1890, con lujo digno de mejor empleo, un tomo de versos del señor Sellén ya mencionado.

El tomo lleva el título de *Poesías*; pero ya saben ustedes que no se puede hacer caso de títulos. Porque tampoco son duques de verdad algunos que se titulan así.

Además del título general de *poesías*, el



libro, que está dividido en dos partes, lleva al frente de la primera el título de *Primeras poesías*, y al frente de la segunda el título de *Nuevas poesías*.

Pues nada, ni por esas: ni por repetir tantas veces *poesías, poesías*, las hay en el libro. Son versos nada más.

Versos que el autor dedica á su esposa, con muy buen acuerdo á mi entender, porque á ella será, sin duda, á quien parezcan mejor, si acaso no es la única persona á quien parezcan bien, y porque por antojo de ella, según el mismo autor confiesa, los ha dado á la estampa.

«Cediendo á tus instancias—dice el autor en la dedicatoria á su mujer—doy á luz esta colección de versos míos.»

Bueno.

Siempre es una circunstancia atenuante: la sétima de las que enumera nuestro malaventurado Código Penal en su noveno artículo, á saber: «La de obrar por estímulos tan poderosos que naturalmente hayan producido arrebató y obcecación», como los ruegos ó las alabanzas de la consorte.

Queda, pues, atenuada la responsabilidad del señor Sellén, y queda acreditado el aforismo de la ventana.

Que por cierto esta vez no estaba muy baja. Es decir que, como los versos no son de-

masiado buenos, la caída del señor Sellén ha resultado bastante grave.

El señor Sellén tiene dos maneras como *poeta*, aunque de letra bastardilla; una anterior al movimiento revolucionario iniciado en Yara, suceso que tiene para él importancia principalísima, y otra posterior á dicho movimiento revolucionario.

Lo triste es que las dos maneras *poéticas*, digámoslo así, del señor Sellén, se parecen algo á los dos chalecos del pobre Juan Vereque, de los cuales, ya se lo he dicho á ustedes otra vez, el uno era muy viejo y el otro un poco más viejo todavía.

Así, de las dos maneras *poéticas* del señor Sellén, la primera, la de sus *primeras poesías*, es noña, extravagante, incorrecta, en fin, muy mala; y la segunda, la de sus *poesías nuevas*, es un poco peor, porque es académica de remate.

A cada paso se encuentra uno en las *poesías*, llamémoslas así, del Sr. Sellén, posteriores al movimiento de Yara, con versos como este:

«Ingente mar de innúmeras sonrisas»

que lo mismo que el Sr. Sellén, después del movimiento de Yara, podrían haberle escrito antes D. Manuel Cañete ó el marqués de Molins ó D. Aureliano Fernández.

Pero no anticipemos los... ripios.



Comencemos por los versos del Sr. Sellén anteriores al movimiento revolucionario de Yara, el cual movimiento, según dice el señor Sellén, «abre una nueva era en el desenvolvimiento político, social, literario (?) y científico (!) de Cuba.

En una composición que lleva por título *Deseos contrarios*, dice el Sr. Sellén:

«Que el día porque suspiro,  
No es ese fugaz momento,  
Como terrestre contento,  
Que en pos de la noche miro.»

Sí, ya me figuro que el día por que usted suspira es el de la emancipación de Cuba, y antes ciegue usted que tal vea; mas, aparte de ese mal deseo de usted, crea usted, señor Sellén, que se puede ser muy filibustero.... aunque no se debe ser, eso no; pero se puede ser muy filibustero y sin embargo escribir algo mejor, y no con esos ripios tan grandes como el tercer verso de esa estrofa, que todo él es un ripio.

¡Mire usted que decirnos que el día natural es como terrestre contento!...

Claro; para concertar con fugaz momento, pues... como terrestre contento...

Y sigue usted...

«Yo la etérea claridad...»

Yo...

Todos los malos poetas son egoístas. Lo mismo hace Cánovas. Todas las estrofas, y todos los párrafos de sus *dizcurzos*, empiezan con el mismo pronombre; yo esto, yo lo otro, creo yo, pienzo yo... etc.

«Y la noche que yo anhele,  
No es la noche transitoria  
Que, cual sábana mortuoria  
Envuelve en sombras el suelo.»

Me parece, señor Sellén, que la noche que envuelve en sombras el suelo, aunque sea transitoria, como usted quiere, es negra; porque las sombras son negras, como que son la carencia de luz....

Y como las *sábanas mortuorias* suelen ser blancas, resulta que la comparación que ocupa casi todo el tercer verso, además de ser puro ripio, es una comparación infeliz, ó, si usted quiere, disparatada.

Y aunque usted no quiera; porque no, vamos, no se canse usted; la noche que envuelve el suelo en sombras negras, no le envuelve cual *sábana mortuoria* blanca.

Eso es lo mismo que si usted dijera, y puede que lo diga usted cualquier día: «Una castaña, cual un huevo...» etc.

A las ondas de un río las dirige el señor Sellén, antes del movimiento de Yara, otra composición que empieza así:



«Ondas que en giro suave  
Vais murmurando serenas...»

Ya esto no va bueno. Porque las ondas, cuando van serenas, no murmuran. No. La serenidad es enemiga de la murmuración, hasta en las ondas.

Y más abajo:

«Ya os deslicéis apacibles  
Entre frondoso boscaje...»

Y más abajo todavía:

«Donde en curso misterioso  
Os deslizáis sin temor...»

Y también:

«Siempre os deslizáis tranquilas,  
Siempre murmuráis serenas...»

Que no, que no. Por más deslices que usted amontone, hasta hacer de la composición un puro desliz, las ondas serenas no murmuran. Para murmurar necesitan perder la serenidad, estar alteradas.

Lo mismo que se necesita para hacer malos versos.

Como por ejemplo, un soneto titulado *El Labrador*, que dice:

«Rayos de fuego vibra el sol airado...»

Bueno; el sol no está airado ¿eh? Pero este

es el mote que más comúnmente le suelen poner los malos poetas....

En cambio, los rayos de sol sí que son de fuego.... ¡Pues no faltaba más sino que fueran de encina, como los de las ruedas de los coches!....

«Rayos de fuego vibra el sol airado  
En mitad de su curso: en el hojoso  
Boscaje ameno...»

Esto del boscaje lo debió de aprender en viernes el señor Sellén, porque no lo deja de la boca, vamos, de la pluma.

«El buey tranquilo, libre del arado,  
Se echa con lentitud en el herboso  
Suelo también...»

Claro: suelo también y herboso. Habiendo sido el boscaje hojoso, el suelo también tenía que ser herboso... ¿Qué menos?

«Suelo también; y alerta, silencioso,  
El perro fiel cabe su dueño amado.»

Aquí no hay verbo. De modo que no sabemos lo que hace el perro fiel. Es de suponer que ladre, porque eso es lo que suelen hacer los perros... y los malos poetas.

«Prosigue el sol su antigua, alta carrera...»

Bueno; que prosiga....



Que prosiga el sol su carrera antigua, y alta, y demás.

Y que prosiga también el señor Sellén su soneto.

Pero yo no prosigo la lectura, por no encontrarme con algún otro verso tan duro como ese de la *antigua, alta*, etc.

En la composición siguiente, *La Palmera Solitaria*, llama el autor por tres veces *escarpada* á una colina, que no lo es ni una vez siquiera.

Porque las colinas no son escarpadas.

La que lo fuera, ya por eso mismo no se llamaría COLINA, SINO ACIRATE, palabra que los académicos no saben definir. Aunque es verdad que tampoco saben definir la colina, ni el collado, ni apenas ninguna cosa.

Además, llama al cielo *enemigo implacable*, con otras cosas igualmente... filibusteras.

En otra composición, titulada *El ave de las tempestades*, vuelve á hablar, por si acaso, del *boscaje* umbroso, y epitetea en esta forma:

«Y entre bramar de gigantescas olas,  
Antes que estalle el huracán *ferpiente*,  
A la *cárdena* luz del rayo *ardiente*  
Anuncia la *implacable* tempestad.»

Donde puede pasar que la tempestad sea *implacable* y que el rayo sea *ardiente*, y hasta *cárdeno*, aunque no sea más que por la *costumbre*; pero que el huracán sea *ferpiente*, eso

ya no puede pasar, porque es demasiada *calumnia*.

¡Mire usted que llamar al huracán *ferpiente!*....

No creo que se le haya ocurrido antes que al señor Sellén á ninguno de nuestros malos poetas anteriores al movimiento de Yara, ni áun á los más epiteteadores y más malos, como Jovellanos, Cheste, Cánovas, Carulla, etcétera.

Más adelante canta el señor Sellén:

«La aurora *brilla*: surge un nuevo *día*;  
(Estos *asonantitos* son muy feos.)  
El cielo *azul*, el onda *bonancible*:  
(¿El *onda?*... pues... el *sopa* y las *fideos*.)  
La tempestad, la tempestad *sombria*  
(Lo es una... siendo *doble*... ¿qué sería?)  
Es el *lúgubre* himno *funerario*  
De los que *tumba* hallaron en el mar.»

Y aunque no fuera de los que *tumballaron*, un himno *funeral* siempre es *lúgubre*.

Digo, me parece.....

En otra composición titulada *Injusticia*, se lee esta cuarteta:

«Nos *place* hacer *derramar*  
Llanto que, una vez *vertido*,  
Porque no lo hubiera sido,  
Muy poco la *vida* es *dar*.»

Sí, ¿eh?... Pues



Poca sintaxis saber  
 Ese verso es escribir,  
 Y aquello de *place hacer*  
 Muy poco oído es tener,  
 Muy poco el ritmo es sentir.

Otra composición titulada *La Cifra en el Árbol*, empieza de este modo:

«Suele de *tierno* arbusto en la corteza  
 Grabar la mano del *feliz* amante  
 El nombre de la *célica* belleza  
 Que cantivó su pecho en un instante.....»

En un instante, sí; en un instante nos ha encajado el señor Sellén un montón de ripios, *tierno, feliz, célica*, etc.

Y luego no se sabe si es que en un instante suele grabar el *feliz* amante el nombre de la *célica* belleza en la corteza de *tierno* arbusto, ó es que en un instante cautivó su pecho la *célica* belleza.

Aunque lo más probable es que ninguna de las dos cosas se hiciera en un instante; sino que habiendo quedado atrás un *tierno amante*, hacía falta un consonante, y... en un instante... se le ocurrió al autor ese... sobrante.

Es el mismo sistema de Carulla, en su profanación de la Santa Biblia.

¿Quiere llevar á Jacob á la *Mesopotamia*?  
 Pues le lleva... *sin infamia*.....

Otra estrofa de *La cifra en el árbol*:

«Y por siempre en el árbol esculpida  
 La cifra queda; y cuanto más ostenta.....»

¡Estos asonantes!... ¡Estos asonantes!... Y luego unas veces *árbol*, otras *arbusto*... ¿Cree el señor Sellén que es lo mismo?

Verdad es que en el título de la composición ya era *árbol*, y que *arbusto* no lo ha sido más que en el primer verso, porque *árbol* no tiene más que dos sílabas y allí hacían falta tres.

«Y por siempre en el árbol esculpida  
 La cifra queda; y cuanto más ostenta  
 El tronco su vigor, ella, escondida,  
 La duración de su existir aumenta.»

¿Escondida ha dicho usted?... ¿Y cómo?... ¿Y dónde?... ¿Dónde la va usted á esconder?... ¡Si está fuera, en la corteza del *árbol* ó del *arbusto*!.....

Nada, que usted comenzó poniéndonos la cifra á la vista, sin pensar ni remotamente en esconderla; pero luego le hizo falta un consonante para *esculpida* y ¡zás! *escondida*... lo primero que se le vino á la boca.

Lo mismo que decir en otra composición, más adelante:

«Esmaltadas praderas! Manso río,  
 Cascadas de apacible murmurio.....»

¡Naturalmente! Para concertar con *río*, *murmurío*.



Pues no señor, no es murmurío, que es murmurio.

Por ese camino el día menos pensado nos va usted á decir:

Me gusta pasear con Rosalía,  
Porque es una muchacha muy *sería*.

¿Y este soneto?.....

«A tu alma paz, y paz á tu memoria.

¡Adiós! Al fin descansas. No quisiste

Sufrir ya más, ó acaso presentiste

Lo que encerraba ya la urna aleatoria.»

¿Me quiere usted decir, señor Sellén, qué es eso de la *urna aleatoria*, ó porqué llama usted *aleatoria* á la urna?.....

¡La urna aleatoria!.....

Esto aparte de los prosaismos ó acaso presentiste, no quisiste sufrir ya más.....

No: tampoco yo quiero sufrir ya más.....

Y así como usted dice más abajo, en otro verso muy malo del primer terceto,

«Y arroja, quien no puede más, la carga.....»

así yo arrojé el libro de usted, porque ya no puedo más, francamente.

Ah, se me olvidaba advertir á usted, señor Sellén, que no vuelva usted á decir:

«Jamás el soplo impuro, aunque sonoro.

«Cree usted que los soplos impuros no pueden ser sonoros sino por rara coincidencia?.....»

¡Aunque sonoro!.....

Esto es como aquello de Camprodón, Dios le haya perdonado:

«Mi madre, aunque está impedida,

La pobre, te quiero tanto.....»

Y luego proclama usted y defiende el *pan-teísmo*.

¡Es claro! para hacernos á los demás coautores de sus disparates poéticos, ó mejor dicho, antipoéticos.....

No señor, no; son de usted solo.

Yo por lo menos no tengo en ellos arte ni parte.

Ni en los anteriores ni en los posteriores al movimiento de Yara.